

A lo largo de toda la obra hemos podido observar un importante cuerpo fotográfico, el cual procede en su mayoría del propio autor del libro, demostrándonos de esta manera el gran interés que manifiesta por esta materia, ya que este elenco no ha podido ser recogido en corto espacio de tiempo, y que, seguramente debido a las limitaciones que toda publicación tiene, muchas de ellas se habrán quedado en su archivo. Junto a ellas podemos observar algunas de las plantas de los edificios que son aludidos en el texto.

Todo esto se completa con dos índices ordenados alfabéticamente, uno con los lugares donde se encuentran las obras, y otro onomástico. Junto a ellos destacar un importante cuerpo bibliográfico.

Para finalizar, decir que esta obra escrita de una forma didáctica, y que pronto se convertirá en un manual, es de imprescindible lectura para todas aquellas personas que se encuentren interesadas en el tema, y que a través de sus páginas podrá llegar a comprender y a valorar al arte mudéjar como algo propio, que pertenece a sus raíces. Por eso para concluir quiero felicitar a su autor por esta difícil labor realizada y animarle para que siga por este camino.

MIGUEL CORDOBA SALMERÓN

Grupo de Investigación *Patrimonio Arquitectónico y Urbano en Andalucía*
Departamento de Historia del Arte. Universidad de Granada

JUAN JESÚS LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ. *José de Mora*. Granada: Comares, 2000.
159 pp. 14 ils.

El libro *José de Mora* supone una muy meritoria incursión del autor en el ámbito del texto biográfico. Esta obra es el número 12 de una colección que apenas si ha iniciado su andadura por parte de la editorial Comares, bajo el lema: Biografías Granadinas, siendo la referente a aquel fertilísimo escultor e imaginero del Barroco en Granada la primera editada correspondiente a un artista, mas no la única, si a los primeros números de la serie siguen las ya previstas semblanzas personales de otros singulares artífices de la ciudad, y si se tiene en cuenta la publicación reciente (n.º 5 de la colección) de la obra de Carlos Vilchez Vilchez relativa al eminente historiador, escritor, arquitecto y restaurador de la Alhambra que fue don Leopoldo Torres Balbás.

La obra que nos ocupa ya de entrada constituye una acertada actualización de lo escrito y publicado acerca del insigne José de Mora y de su círculo familiar desde que su figura y su práctica artística fueran ejemplarmente tratadas por la pluma de don Antonio Gallego Burín en un homónimo libro, que vio la luz en 1925. Tuvo dicha obra la virtud de inaugurar la fecunda producción bibliográfica de la Universidad de Granada, junto con el opúsculo *Relaciones del siglo XVII*, del profesor de Derecho de dicha institución, y gran aficionado a la Historia, don José Palanco Romero, quien con este libro no hizo sino seguir la estela de las *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España*, dadas a conocer por don Jenaro Alenda y Mira, en 1903, y adelantar precozmente el interés que la historiografía ha tomado, desde la década de 1970, por el estudio de la fiesta y los ornatos efímeros de la Edad Moderna. Aprovechamos la ocasión para demandar públicamente la reedición del interesante libro de Palanco, de igual manera que la Universidad ha rescatado del olvido la monografía de Gallego Burín sobre Mora, gracias a la publicación facsimilar, prologada por el profesor don Domingo Sánchez-Mesa Martín, que realizó en 1988, en su serie *Archivum*.

Retomando el hilo de Ariadna de la presente reseña debemos volver a destacar el valor del trabajo del profesor López-Guadalupe Muñoz en lo que supone la siempre difícil, pero necesaria actualiza-

ción bibliográfica de los conocimientos acerca de uno de los artistas más fecundos del Barroco granadino; y ello, cumpliendo adecuadamente los criterios de objetivación y rigor científico muy por encima del carácter divulgativo y compilativo que cabría esperarse de la propia estructuración de la serie editorial de que dimana. La superación de este escollo se ha producido merced a la vocación personal del autor y a la pasión con que este joven historiador aborda su trabajo: la imaginería y la escultura pasionista de Granada han sido temas abordados con vehemencia y claridad por el autor, junto con otras líneas de investigación, entre las que destaca el estudio de los retablos y frontales de altar del Barroco granadino, fruto de su tesis doctoral, leída en 1997. Esta personal inclinación hacia la observación y análisis de la imaginería y escultura barrocas, que comparte el autor de la presente reseña, ha posibilitado, como decimos, la plasmación de una obra de rigor científico y seriedad, pero desprovista, por razones editoriales y de amenidad, del aparato exegético habitual en forma de anotaciones o comentarios.

El carácter riguroso y de cientificidad del texto se cimienta, en primer lugar, sobre un marcado conocimiento de las fuentes impresas y manuscritas que mencionan obras y hechos de la familia de los Mora. Muchas de las citas biográficas y literarias del principal artífice de aquella dinastía familiar fueron dadas a conocer por el ya citado Gallego Burín, y complementadas por otros autores, como Luis Magaña Bisbal, María Elena Gómez-Moreno, Emilio Orozco, el padre Andrés Llordén, Domingo Sánchez-Mesa, Lázaro Gila o Juan José Martín González. Unos y otros nos han facilitado el acercamiento a pasajes biográficos de Mora, recopilados no sólo a través de las compilaciones generales de Palomino y Ceán Bermúdez, sino también de la producción literaria local contemporánea al artista, entre la que destacan los opúsculos de fray Juan de la Chica (su manuscrito *Iconología o Tratado de imaginería de escultura y pintura*, de 1722, hoy perdido), Juan de Echeverría, fray Antonio de Lachica o Juan Velázquez de Echeverría. Si las anécdotas, curiosidades y hechos personales de Mora ya han sido comentados en más de una ocasión, lo novedoso es el sentido que se les da ahora, más allá del intento de caracterización psicológica de la práctica artística que esbozó Gallego Burín en otros tiempos: las excentricidades de José de Mora, la valoración hiperbólica de su trabajo, como arte liberal, o el papel dado a la «graphidia» o dibujo para la ejecución de sus obras nos acercan a la figura de un escultor-pintor muy cercano en cuanto a los presupuestos idealizantes de la teoría artística tardomanierista (matizada, como afirma el profesor don Ignacio Henares Cuéllar, por un acento deformante de radicalización expresiva) del que fue su maestro más por magisterio estético que por contacto personal y corporativista, el gran Alonso Cano.

La indagación sobre los datos extraídos de las escasas, aunque jugosas, fuentes relativas al artista, trasciende lo anecdótico para revelar contenidos de significaciones más complejas, derivadas de la inserción del escultor y su obra en el contexto social que le tocó vivir. Esta relación se refuerza con la presencia de breves, pero escogidos, comentarios acerca de los avatares históricos y culturales coetáneos a Mora, un cuadro de época que «retrata una sociedad con grandes contradicciones, fustigada por diversos azotes, profundamente sacralizada y en intensa crisis moral».

Sólo sobre estas bases, la adecuada exégesis de las fuentes y el dominio sobre el contexto histórico y cultural de la Edad Moderna, ha podido llevarse a buen término esta monografía sobre el artista nacida fundamentalmente como relato biográfico. De hecho, el autor desarrolla la obra ateniéndose al esquema clásico de este género, dividiendo el texto en diferentes capítulos de cronología correlativa, desde el nacimiento de José de Mora en Baza, en 1642, hasta su muerte en la Granada de 1724, pasando por momentos tan relevantes como la formación del artista en el círculo canesco de las décadas de 1650 a 1660, sus intermitentes estancias cortesanas, con el nombramiento de escultor real de don Carlos II en 1672, su encumbramiento en la Granada del último tercio del Seiscientos y la mansa locura, «envidiable, por caritativa y ejemplar», de sus últimos años de vida.

Podría aducirse contra esta sistematización que no es el método biográfico la mejor forma de acercamiento a la práctica artística para épocas pasadas en las que la vida del artista poseía un valor muy secundario respecto a las funciones rituales, programáticas o retóricas de su obra. Sin embargo, en primer lugar, la intención del autor no es sino la de exponer una semblanza biográfica, como corresponde a la serie editorial a que pertenece, que nace «con vocación de clarificar, completar, profundizar en el conocimiento de la vida de José de Mora y apenas vislumbrar lo más importante de su obra»; y, en segundo lugar, debe recordarse que nuestro escultor fue contemporáneo, colaborador y amigo personal de Antonio Palomino, el Vasari hispano y sistematizador primero entre nosotros del género de las Vidas de artistas. A este respecto las aportaciones de Palomino sobre Mora, aunque algo extravagantes a veces, resultan más verosímiles que las relativas a artifices como Alonso Cano, tan plagadas de préstamos vasarianos.

Tres hechos nos interesa destacar del discurso biográfico pergeñado por el profesor López-Guadalupe Muñoz. En primer lugar, la insistencia en las relaciones familiares y personales de los artistas en función de la práctica de los talleres y de las relaciones sociales de clientela. José de Mora se esboza así como el más destacado artífice de una dilatada familia de escultores, a la que pertenecieron su abuelo Cecilio López Criado, su padre Bernardo Francisco y sus hermanos Diego y el casi desconocido Bernardo; familia que, además, anudó lazos de parentesco con la no menos importante de los Menas y que, al extinguirse sin descendencia, dejó una indeleble estela en los maestros epigonales de la escultura barroca en la ciudad del Darro, José Risueño y Torcuato Ruiz del Peral. Los estilemas derivados de la idealización deformante de Mora están presentes, cuantitativa y cualitativamente, en la plástica granadina del último tercio del siglo XVII y en la centuria siguiente, y sólo puede justificarse su extensión atendiendo a la existencia de un taller bien organizado y capaz de cubrir una gran demanda no sólo propia de la capital granadina, sino de amplias zonas de Andalucía Oriental. La clarificación de estas relaciones, aquí vislumbradas ya desde la órbita biográfica, es una de las deudas pendientes de la historiografía local.

En segundo término, las páginas dedicadas a las intermitentes estancias de José de Mora en la Corte y su nombramiento como escultor real, en 1672, al que también optaría su paisano y pariente Pedro de Mena, por idénticas razones de prestigio social y estimación de calidad de sus obras, más allá de la práctica de un oficio de servicio directo a la Corona. En este capítulo, además, la vinculación profesional con el también escultor regio y discípulo de Cano, Sebastián de Herrera Barnuevo —que le granjearía las puertas de la Corte—, así como la posibilidad de mantener Mora ilícitas relaciones con su futura esposa, Luisa de Mena y Herrera, fuera del ambiente granadino, demuestran hasta qué punto el método biográfico sigue siendo un factor útil y determinante para entender motivaciones del artista y hechos puntuales de su carrera.

En tercer lugar, la valoración contextual de anécdotas o hechos relativos a la vida y obra del artista, de nula o escasa credibilidad. Sintomática es a este respecto la realización de la conocida imagen de Nuestra Señora de la Soledad o de los Dolores, para la congregación de San Felipe Neri, en 1671, y hoy en la parroquial de San Gil y Santa Ana. Esta efigie se inspira en la escultura, hoy perdida, que realizó en 1565 Gaspar Becerra, ataviada como una viuda cortesana a sugerencia de la condesa de Ureña. Como ocurriera con la obra de Becerra, la de Mora protagonizaría hechos milagrosos recogidos por las crónicas de la época, no ya en la soledad del estudio, sino en el transcurso de una procesión urbana, lo que sanciona la validez de la imagen como mecanismo doctrinal y el peso del aparato religioso postridentino en la España sacral y angustiada de los tiempos de don Carlos II el Hechizado.

Acompañan a la biografía de Mora aquí comentada un acertado capítulo sobre la fortuna historiográfica de la vida y obra de este escultor y un útil cuadro genealógico que subraya las relaciones

de parentesco de los Mena y los Mora. Echamos quizás en falta la inclusión de un apéndice relativo a la producción escultórica, documentada y atribuida, de aquel artífice, si bien es cierto que las referencias a sus obras son múltiples a lo largo del texto. No obstante lo dicho, es ésta una deficiencia perdonable, si se tiene en cuenta, como afirma el profesor López-Guadalupe Muñoz, que más allá de esta biografía «la profundización en el conocimiento de su trayectoria artística [de los Mora] sigue siendo línea abierta de investigación entre los especialistas». Es tan seguro como deseable que el autor la continuará.

En suma, estamos ante una obra biográfica de rigor científico, no exenta de amenidad y agilidad de expresión, que constituye además un punto de partida inexcusable para el conocimiento del que, casi sin dudar, fue el escultor más personal del Barroco granadino y el de mayor calado en la sensibilidad devocional de su época.

JOSÉ POLICARPO CRUZ CABRERA

Departamento de Historia del Arte. Universidad de Granada

AA. VV. *Figuras e imágenes del Barroco. Estudios sobre el barroco español y sobre la obra de Alonso Cano*. Col. Debates sobre Arte, 9. Madrid: Fundación Argentaria, 1999. 432 pp. y 198 ils.

En la etapa barroca se macera considerablemente la realidad, lo inmediato unido a un deseo religioso, sensible de cara a los fieles que sumado a lo rico, monumental, sorprendente y deslumbrante, sea el constituyente propagandístico de la ansiada grandeza del monarca, de la nación o de la Iglesia.

De este modo, suscita curiosidad la admirable contribución que se efectúa con este trabajo, fruto de los dos seminarios que tuvieron como sedes a Sevilla y Málaga entre los meses de mayo y abril de 1996 y 1997, respectivamente. Para ello, se contó con la intervención de un escogido elenco de profesionales, referentes obligados para el arte y la cultura del barroco así como de la figura de Alonso Cano, debiéndonos retrotraer a las intervenciones, en materia de restauración por parte de la Fundación Argentaria, como génesis de este volumen.

Apellidos como Álvarez Lopera, Bonet Correa, Camacho Martínez, Checa Cremades, Jarauta Marion, Rodríguez G. de Ceballos, Lavin, Marías Franco, Montero Fernández, Montijano García, Morales Martínez, Pérez Sánchez, Rodríguez Ruiz, Sánchez López, Tovar Martín y Urrea Fernández son los bergantes que, bajo el timón de Delfín Rodríguez Ruiz, ofrecen esta labor, con una orientación multidisciplinar del tema, cuya perspicacia por parte de la Fundación Argentaria y Visor Dis., tuvieron a la hora de perpetuar, con estas páginas, la intervenciones que se expusieron.

Integrándose, a partir de este instante, al corpus metodológico y bibliográfico sobre la temática tratada, se distribuye, en alusión a los citados seminarios, en dos partes esenciales precedidas de una concisa presentación.

La primera de ellas, dedicada a *Figuras e imágenes del Barroco*, expone trabajos de interés para profundizar en el ambiente de esta época del que respiran muchas de las cumbres artísticas que hoy día seguimos disfrutando, trabajando y estudiando. Dividida, asimismo, en diez comunicaciones, cada una de ellas aborda una temática afín con lo establecido, con cierto rigor científico que se imbuje a lo largo de sus líneas aunque, por ser de ámbito español la parcela a estudiar, se denotará una sintonía muy paralela en algunos de estos textos. Así, la personalidad del genial arquitecto y